

EDITORIAL

ESCUELAS DE DIRECCION DE EMPRESAS

Desde hace algún tiempo asistimos en España a la creación de diversas Escuelas de Dirección de Empresas. El Catálogo de las Escuelas Europeas publicado en junio de 1960 por la Agencia Europea de Productividad nos da noticias de más de ciento cincuenta Escuelas e Institutos repartidos por Europa. De España se relacionan cuatro o cinco centros nada más. El interés docente por la organización de empresas sólo sube en España a cinco o seis años atrás; pocos años para poder ahora trazar firmemente las líneas de una tarea docente definida, pero suficientes para apreciar una trayectoria clara en la enseñanza empresarial española.

La trayectoria de esas Escuelas fundadas recientemente en España son como líneas indicadoras de una necesidad descubierta al fin; y, con la necesidad, parece que se ha descubierto también el remedio. La preocupación por formar auténticos técnicos de empresas es una preocupación que debe ser bien recibida por nosotros, interesados en todos los aspectos de la economía española; por eso merecen nuestra atención y nuestro agradecimiento de bienvenida esas instituciones docentes que han señalado específicamente como tarea propia y peculiar la docencia empresarial; es una esperanza social española la incorporación a los cuadros de mando de las empresas de los nue-

vos hombres y de las nuevas técnicas. Una incorporación que no será ya la adaptación, más o menos eficaz, de ciertas profesionalidades afines, sino la integración plena, en el cuadro empresarial, de una específica profesión de la organización y administración de empresas.

Observamos en estos nuevos centros docentes españoles la presencia de la vieja concepción tradicional —tan fecunda— de la más legítima enseñanza universitaria; una Escuela de Dirección de Empresas marcadamente universitaria busca la unidad de la verdad, el desarrollo de las cualidades críticas, del pensamiento y del espíritu, de todo aquello que es preparación general y básica para la dedicación profesional. Una Escuela de Estudios empresariales tiene el mismo sentido fundamental que cualquier otra Facultad dedicada a la física o la historia; por eso no debería perder nunca de vista esas intenciones universitarias, porque de ellas depende la eficacia de la técnica. Buscar, como se pueda, la formación del espíritu, estimular las aptitudes para una investigación personal, preparar para una comprensión mejor del mundo, es tener ya los medios para una eficaz dedicación profesional.

Pero sobre esa solera universitaria tienen que venir las experiencias adquiridas en la profesión empresarial, y esa experiencia debería contribuir a la elaboración de los principios necesarios para los estudios empresariales. A medida que la aplicación de esta profesión es más compleja, la preparación tiene que ser más rigurosa. Hay que desarrollar en los alumnos, más que la práctica de un oficio y la adquisición de unos conocimientos, la facultad y la posibilidad de analizar eficazmente una situación.

Pero hay también unas necesidades específicas del mundo de los negocios y de la gestión. Necesidades que vienen determinadas por la naturaleza de las operaciones que deben realizarse y por las apreciaciones que los hombres de empresa aportan. Sin embargo, el aumento del número y de la importancia de las empresas, el avance de la ciencia y de la técnica, la creciente complejidad de los procesos industriales, las responsabilidades sociales y la conciencia del carácter dinámico del mundo moderno hacen que sintamos como un nuevo soplo

del espíritu y que el sentido de los valores inmutables aparezca como más importante para el hombre de negocios que el conocimiento de una técnica particular.

Porque hemos encontrado esta nueva inquietud en los planes y en los hombres de estos nuevos centros docentes empresariales les damos la bienvenida y agradecemos su limpia aportación de servicio a la tarea común de la economía española. Esperamos mucho de estas Escuelas e Institutos de Dirección de Empresas porque han nacido con una conciencia exacta del momento y del tiempo, en un ajuste social equilibrado, superador de endiosamientos técnicos, y buscando al máximo lo humano —lo cristiano— de la empresa y del hombre.

